

# CUENTOS DE MI TATA CONTRASUELAZO

## Por Nicomedes Sant a Cruz

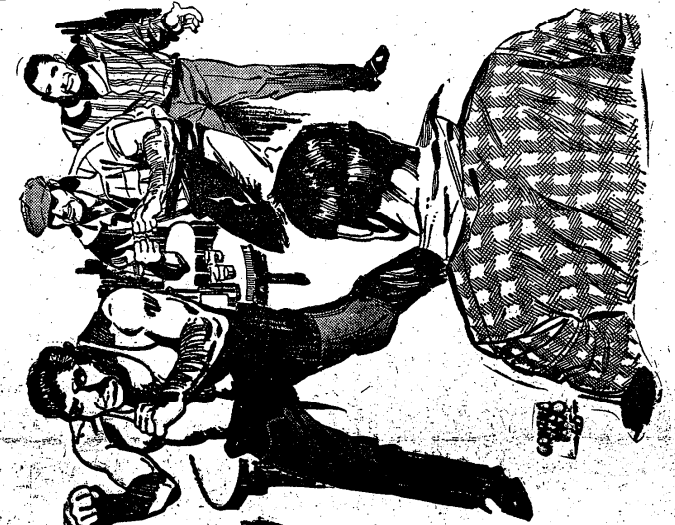
**I**  
 No sé por qué los muchachos del barrio siempre me buscan para zanjar sus diferencias. Soy árbitro de sus peleas, juez en sus litigios, censor de su código de honor y hasta referé en sus partidos de fútbol. Esto, en el fondo, me enorgullece, me hace pensar q' debo tener mucha personalidad y algo de ascendencia sobre el género humano. Porque mis fallos se acatan sin chistar y mis sentencias son irrefragables. (Aunque a veces —debo reconocer mi fallibilidad— mis decisiones no son nada salomónicas). Cuando cometo un error me hago cargo de las consecuencias, aunque en ello me vaya el físico, el tiempo, el dinero o el honor. A ese precio conservo entre los muchachos del barrio mi condición patriarcal.

Aquella noche inauguraban un cafetín en la segunda cuadra de nuestra calle principal. Yo sabía que estaría tope a tope después de muy temprano, posiblemente la casa obsequiaría algunos tragos o no cobraría los piqueos, de todos modos, no faltaría ninguna de las belicosas y antagonicas tiras esquineras de todo el barrio. En consecuencia, habría jaleo.

**II**  
 Hacía falta en el barrio un cafetín como éste. El mismo sitio había servido años antes como local de un partido político; después de las primeras elecciones lo cerraron y así permaneció durante los últimos tres años, hasta que, hace unos meses, empezaron a trabajar en él los operarios, y he aquí el resultado: luz, neón, vitrinas, mostrador, estantes, refrigerador, mesas con cubierta de fórmica, sillas tubulares y urinario de mayólicas blancas (como para no poderlo garrabatear con lisuras políticas). Los

dueños — japoneses — habían abarrotado el cafetín con todo tipo de bebidas alcohólicas. Coordinaron el negocio: en la parte baja de la andamiada, una abigarrada hilera de rechonchos botijas de vidrio mostraba bajo todos la colección más completa de venenos rebajados: naranjita, orejones, coca, melocotón, cascarrilla, etc. Desde la trastienda se sentía el bramido sordo de la cocina y el campanear de la sartén sobre la planchuela: había papeo, qué bueno. Todo ese lujo duraría poco, o no conocía yo a mi gente; Desde mañana comenzarían las arrugas, los debos, los fiaos y los permuertos; pero lo que haría quebrar el negocio a los ponjas serían las broncas de los de la "calle baja" con los de la "calle alta", pendencieras patotas que desde ahora tendrían un nuevo "campo de honor" para ventilir su anhelo y continuo pleito por la supremacía en el barrio. En pocas semanas no dejarían lunas ni espejos sanos, se alejaría la poca clientela solvente y sólo quedarían unos cuantos veinticuatrinos: huaraperos y las cucarachas coloradas, eternas huéspedes de todo cafetín japonés. Al final, sobre las cerradas puertas del local pondrían un letrero: "Se. Alquila. Razón: en los altos". Ya había sucedido con otros locales y éste no escaparía a la tradición del barrio.

**III**  
 —Asiento, don Nicol...  
 —Mire usted cómo me como esta habichuelita.  
 —Ya, tira, tira no más tu sancocho, ensarte...  
 —Cuatro ases en uno!  
 —Mata, no seas flojo.  
 Cubiletes nuevos, mesas nuevas, vasos nuevos... Lo único viejo era la mala borrachera de cierta gente. Ya se podía palpar



lo denso del ambiente, victado por la tabacalera nabina, el tufo de los borrachos gritones y la mala puntería de los que, tambaleando, iban con su incortincienca hasta la blanca mayólica.

**IV**  
 —Muchacho... le grité al 'Chino Malacaca'.

El hombre que cae al suelo es porque la tierra lo pice —me respondió—. Y la culpa la tenía yo. Mis muchachos, durante toda la noche, habían sido provocados por la pateta del "Chino Malacaca". Cuando yo llegué al cafetín, los muchachos se dividieron; después de cambiar unas cuantas mentadas, salieron a la calle, los dos grupos más los infatigables sopos. En medio de la pista, a la débil luz de un poste, mi voz para decir: a ambos bandos que mejor era que pelearan uno de cada grupo, los dos jefes, o los dos mejores. Por los de la "calle bajar" saltó al frente el "Malacaca"; yo creí que de mis muchachos coparía el "Corazón" Zamudio, que es tan alegoso, pero se chupó, se hizo el molón, y cuando ya la cosa se estaba poniendo vergonzosa, el "Flaco" Luchito, que es tan calladito, saltó una palabrota y dijo: "Yo solito pal más pintao de ustedes..." y se trestaron no más. —En el suelo no. Deja que se levante el muchacho —volví a gritarle al "Malacaca".

Entonces el "Chino", que se había ido de robo con el "Flaco", volteó para decirme: "Entre tú pues, si eres tan valiente."

Le entré con una tremenda chalaco que le cazó limpio en el pecho, sobre el puchito la pesqué del cuello de la camisa y le metí una seguidilla de mitrazos. Nos abrimos. El "Malacaca" ahorró más que nunca, justificaba su apodo: lo había hinchado todito. Fintearnos, quise chataquearle otra vez pero ya estaba advertido y casi me agarra el pie. Amagábamos como dos gallos de pelea. Dentro del círculo humano me sentía en mi elemento, los muchachos me alentaban. "¡Los dos solitos, nadie se meta!" Boleándolo alrededor empecé a hablarle cada patada que lo hacía pitear; el "Chino" quería agarrarme el pie, pero eso cuándo. Volvimos a abrazarnos y volví a meterle la mitra a mi gusto.

El "Malacaca" aflojaba, lo tenía hecho, en cuestión de segundos me decía "ya está, güeno pa mí...". Ahora se movía pesadamente, sin reflejos, ni siquiera esquivaba las patadas que le mandaba por las castillas. Cuando lo vi jadeante empecé a bailar lo a la boxeador para marearlo y rematarlo de un combo. A la luz del poste que nos alumbraba miré de reojo la alegría triunfal en el rostro de mis muchachos, confundidos entre la amargada patota del "Chino". Por un segundo le quité la vista de encima al "Malacaca", sólo por un segundo. Entonces fue que sentí una extraña sensación, como si los que me rodeaban se achicaran hasta incrustarse en la tierra. Me elevaba. Luego vi a mi alrededor un cerco de empantalonados pier-nas. Mi cara quedaba al nivel de los zapatos. Todo fue tan rápido. Quise incorporarme pero me parecía estar pegado al suelo. Levanté la cabeza y les dije a los muchachos que, con raro zumbido, danzaban vertiginosamente en torno mío.

—¡Muchachos, se perdió el pleito!...